

en esta oportunidad nos brinda una obra mejor lograda en la que, como siempre, nos apabulla con su conocimiento en áreas insospechadas. Aquí su erudición en temas como el de la música y el de la química, por ejemplo, es realmente pasmosa.

Germán Espinosa brinda con esta pequeña joya a sus lectores no sólo un rato de lectura amena y entretenida, sino una ficción vibrante de quien fuera *padre y maestro mágico* del modernismo.

Volviendo sobre la colección, me gustaría comentar algo sobre los libros mismos: está muy bien que en una serie de novela negra los hechos y los destinos de los personajes sean azarosos, pero la cosa no puede extremarse hasta hacer del libro mismo una baraja y que salgan volando las páginas desprendidas del caballete como aves de mal agüero. Al menos eso le sucedió a este reseñista con el ejemplar que le fue suministrado. Algo pasa en los talleres.

FERNANDO
HERRERA GÓMEZ

Esta es la historia de Reinaldo Aguirre Palomo

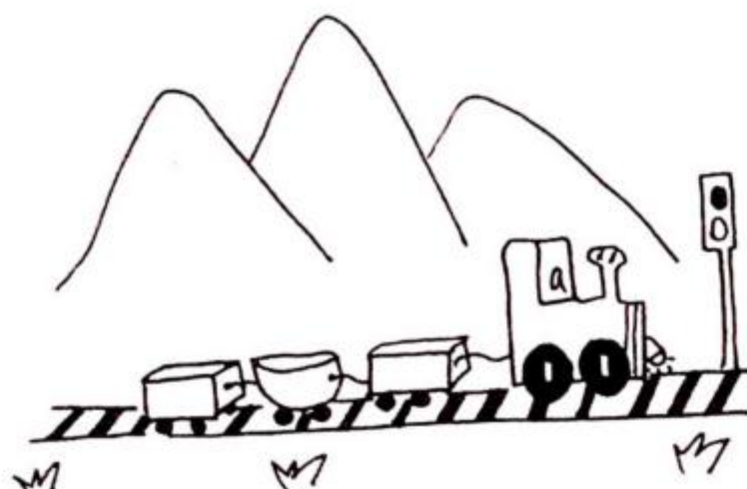
Crónica de un bandido legendario

Eduardo Santa

Editorial Códice, Bogotá, 2004,
138 págs.

Yo no me acuerdo cuándo leo los prefacios y las presentaciones de los libros, si antes o después de la pulpa propiamente dicha, pero los tengo como un platillo siempre aparte, no me aburren ni los desprecio como el sobrante de las obras. Claro, a veces son chocantes o mal escritos o laberínticos. En esos casos, uno no los termina, y listo. Extrañamente, sin embargo, ocurre que un buen libro tenga un mal prefacio o una introducción de algún pelmazo.

Crónica de un bandido legendario (una "crónica novelada", para utilizar un término un poco arbitrario), de Eduardo Santa, tiene dos de esos paratextos que, ahí mismo, me han llamado la atención, y por eso los menciono, antes de hablar de mi lectura.



Uno es la presentación de la colección Biblioteca Libanense de Cultura (a la que pertenece este libro), a manos del alcalde de esa población, Laurentino Malagón, donde, antes de algunas líneas de otros floripondios, suelta esta perla: "Cuando Isidro de la Parra tradujo el *Manual de la filosofía del ser*, de Herrensneider y lo publicó en la modesta imprenta que hizo parte de la fundación del Líbano, se comenzó a vislumbrar lo que luego se convertiría en uno de los pueblos en el mundo que más escritores por habitante tiene, de acuerdo con los estudios y estadísticas que sobre el tema ha realizado uno de ellos, Carlos Orlando Pardo [...]" ("En Chile, le había escuchado a un escritor de allá, uno levanta una piedra y sale un poeta"). El dato es un poco escalofriante, de lo puro ingenio y "colombiano".

En el "A manera de prólogo", que hace Jaime Mejía Duque, las cosas no mejoran mucho. Es una carta al autor, que encabeza con un "Doctor..." que ya nos instala en el fastidioso mundo de los protocolos, los formalismos y las frases hechas. Y así discurre este prólogo, nunca un comentario suelto, literario, divertido. Pura alabanza con dejo de provincianismo impertérrito.

Crónica de un bandido legendario es la historia de Reinaldo Aguirre Palomo, un campesino del Líbano (Tolima), que en los años treinta se constituyó en una leyenda gracias a

que se hizo un rebelde e intrépido asaltante de caminos, ladrón de ganado, saqueador de haciendas y de casas de ricos, y un largo etcétera, botines que repartía a manos llenas entre pobres y campesinos de aquella población.

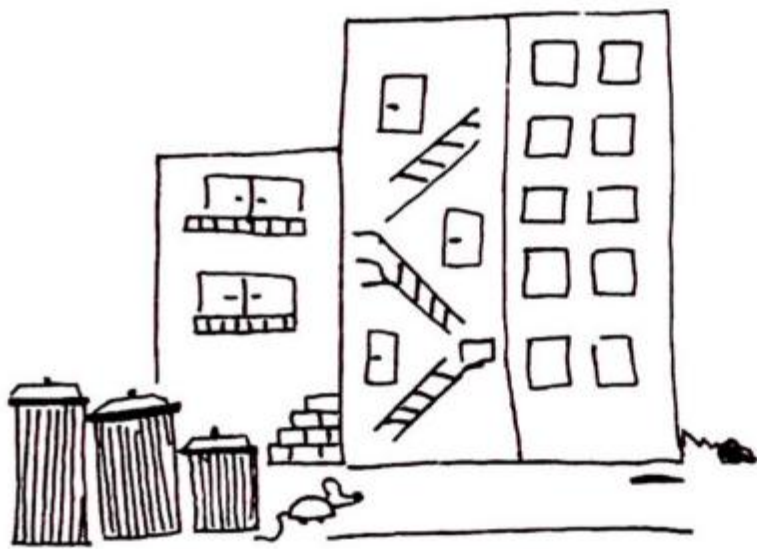
Como toda leyenda que se respeta, la del Palomo (remoquete que se ganó por su capacidad de volar lejos en los momentos de mayor peligro) creció ayudada por la fantasía de todos los que se beneficiaban de sus andanzas y que veían en él un salvador, un héroe, un espíritu protegido por fuerzas del más allá, un Robin Hood.

Entre las acciones que más fama le dieron a este personaje se encuentran los asaltos al cable aéreo Mariquita-Manizales, al ferrocarril de La Dorada y a la fábrica de cigarrillos Casa Inglesa. Su fama de héroe iba aparejada a la de enamorado de muchachas y a la de contar con una infalible puntería con el revólver. Los periódicos y la radio no hablaban de otra cosa y la policía y el ejército se movilizaban permanentemente en busca de la leyenda.

Bandido fue el nombre que se le dio en Colombia a éste tipo de asaltantes por aquellos tiempos, y hoy es una palabra que oímos con frecuencia en boca de soldados y generales para referirse a los guerrilleros, en un juego de roles que, sustancialmente, no ha variado mucho, excepto la fama de que la guerrilla, hoy en día, ya no es generosa con los pobres. No en vano en el país afloró prolijamente el prototipo de estos rebeldes con causa, cansados de ser resignados campesinos a la espera de repetir la pobre vida de sus padres, sólo que el paso de los años fue agregando nuevos ingredientes, y esos asaltantes con espíritu bienhechor fueron encontrando alicientes ideológicos (los bolcheviques, los cubanos, los chinos, Vietnam, etc.) hasta convertirse en las facciones de izquierda y de la guerrilla que hoy conocemos, con un largo historial, también resabido.

El relato que hace Eduardo Santa (Líbano [Tolima], 1927), del cual lo anterior es una rapidísima ojea-

da, está, según se nos anuncia, ajustado a la realidad. Durante varios años el autor rastreó las pistas y las andanzas del personaje, conversó con gentes lugareñas que conservan la leyenda, vio periódicos, recordó escenas que le tocaron cuando era todavía un niño, etc. Todo porque, dice en el preámbulo, una noche se le presentó el enigmático héroe, coetáneo y contemporáneo suyo, y lo instó a escribir la historia de su vida. Santa refiere ese episodio con una ambigüedad que denota, finalmente, el transcurso de un sueño. Aquí está, nos dice, cumpliendo el designio.



El escritor tolimense es un veterano de mil batallas que ha desempeñado cargos burocráticos importantes en el campo de la cultura y ha publicado una camada de libros dedicados, entre otros aspectos, a la historia del libro y del ex libris, a poetas como Giovanni Quessep y Porfirio Barba Jacob, a políticos y hombres públicos como Rafael Uribe Uribe y Luis López de Mesa; y novelas como *Sin tierra para morir*, *El girasol* y *Cuarto menguante*, amén de relatos y crónicas.

El libro que aquí comento, publicado en 2004, es, como lo dice su título, una crónica sobre el famoso asaltante y donjuán. Santa, además de contar con mucha información acerca del personaje y de conocer ampliamente la geografía en que éste se movió como Pedro por su casa, lo mismo que la idiosincrasia de sus gentes, ha puesto en este libro un énfasis emocional que se siente campear de principio a fin en el relato. Ese ingrediente hace que el libro se lea, en ocasiones, como una ficción, como un producto de la ima-

ginación y no escuetamente del periodismo, del relato histórico o de una confirmada realidad. Pero ese acento, a su vez, se va tornando de un tinte ingenuo, en exceso romántico, como si el escritor tuviese, como las gentes que han perpetuado la leyenda, una obligación moral o sentimental con el rebelde de Líbano.

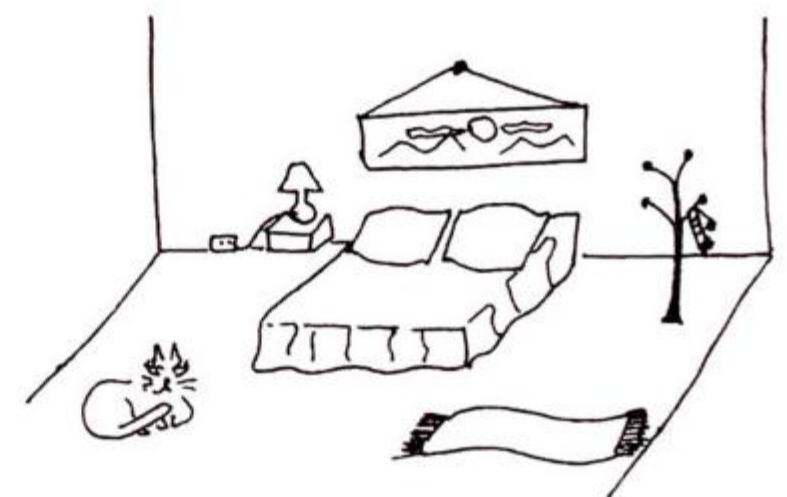
Al verse impelido a contar la historia (el episodio de la "visita" del Palomo, que narra el biógrafo en el prefacio, ya tiene ese color emocional remarcado, ingenuo: "Sucedió que un día el bandido resolvió visitarme. Lo vi entrar a mi alcoba [...] Lo estaba viendo en ese instante igual que cuando yo era todavía un niño, y podía distinguir su rostro afilado, su nariz aguileña, sus ojos penetrantes y fijos [...] Entonces él, con la misma altivez, sin bajar aún su arma amenazante, me dijo en voz baja y como acariciando el sonido de sus propias palabras: 'He venido para exigirte que escribas mi verdadera historia. Eres el único sobreviviente que conoce la verdadera historia de mi vida'. Y luego, sin saber cómo, el bandido se escurrió entre las sombras. Tal como él acostumbraba hacerlo, después de cada asalto [...]". Por un aviso premonitorio o algo por el estilo, el escritor se apresta a erigirle un monumento literario, a sellar su inmortalidad con la impronta de un libro de donde, se supone, ya su fama no saldrá jamás, ya nadie podrá escamotársela.

Puede uno pensar que aquí se presentó algo así como aquel famoso "síndrome de Estocolmo", que se manifiesta en quienes, después de un largo cautiverio forzado, salen alabando o amando a sus captores, o a alguno de ellos, debido a la estrecha relación obligatoria que se presenta en esas circunstancias y que propicia afectos insospechados.

En efecto, los sentimientos de Eduardo Santa, en este libro, se ven permanentemente inclinados a favor de las acciones que acomete el Palomo, dejando, en general, la impresión de estar ante alguien que, en realidad, contaba con facultades extraordinarias, con protecciones divinas, con una inteligencia superior.

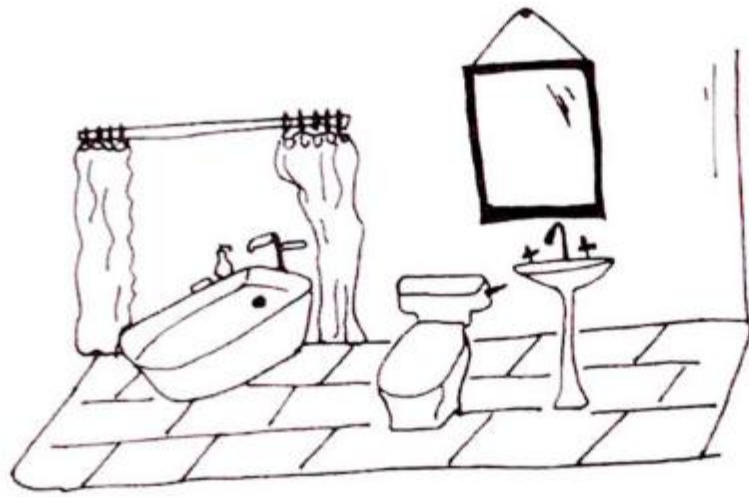
Incluso, al describir su aspecto físico, incurre en idealizaciones que, muy probablemente, no correspondieron a la realidad ("[...] de mediana estatura, ligeramente moreno, de nariz aguileña, ojos muy negros y vivaces, pelo también negro y liso, delgado y ágil en todos sus movimientos. Tenía un fino bigote...[...] Hace pensar en el Bolívar increíble de muchos pintores: blanco, corpulento, de facciones finas, muy distinto al mulato más o menos esmirriado que sí nos han mostrado verdaderos artistas; o en el Jesucristo idealizado por buenos y malos retratistas").

El libro, escrito en una prosa cuidada y preciosista, como de quien deliberadamente busca no incurrir en ningún desfase lingüístico y, por el contrario, adorna cada línea, cada párrafo con delicados adjetivos, con expresiones muy correctas, se hace de lectura interesada por las expectativas que existen con el personaje, pero, al mismo tiempo, denota el esmero exagerado, la pulcritud acentuada, la redacción academizada. Un tono también idealizado, como su protagonista.



No me resisto tercamente a pensar que Reinaldo Aguirre haya sido un personaje admirable, digno de una semblanza en tono exclamativo. Lo que choca en la semblanza de Santa es tanta blandura, tanta "belleza", tanto idilio. Para que quede claro que un individuo como el de marras tiene justificada su inmortalidad en un país de tremendas desigualdades e injusticias, en el cual la rebeldía y el disenso son casi un deber, no necesariamente, creo, debe entregársele al lector un panegírico de grueso calibre como el presente, propio más bien de esa mala literatura que nos entrega personajes o

muy buenos o muy malos, sin dualidades, sin intimidades en claroscuro, sin flaquezas de mortales.



El cronista queda atrapado en el aura que rodea al personaje, al igual que quedaron sumidas las gentes que, aun sin conocerlo, sublimaron su figura y sus actuaciones. Nos entrega un personaje sin tacha, demasiado bueno en su maldad o en su rebeldía. Y no existen personajes así. O, si existen, un escritor tiene la obligación de escribir sobre ellos con argumentos literarios donde la verosimilitud no sea una lección de bondad o una moraleja.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Libro débil

Los últimos pasos del poeta Raúl Gómez Jattin

Vladimir Marinovich Posso
Ministerio de Cultura, Bogotá, 1998,
106 págs.

De carácter híbrido, el libro en cuestión pareciera el entrecruzamiento de varios géneros sin la calidad requerida para asumir con fuerza las afinidades entre periodismo, historia y literatura, ya que la combinación mencionada a través del relato breve no supera el acontecer noticioso donde se involucra el personaje (el autor testimonia con desenfado a través de un realismo sin escrúpulos). Marinovich Posso jamás llega a interpretar profundamente los acontecimientos ni la

esencia de las cosas narradas, pues se queda en el instante, en lo urgente que ignora los recursos literarios, la dimensión estética de una escritura que se torna veraz pero no auténtica. Y no solamente la técnica es inexistente sino aquella triada que le podría dar valor al testimonio: la expresión, la observación y el temperamento (al describir la conducta social y humana del protagonista se apoya en acontecimientos que no interpreta ni dota de significación).

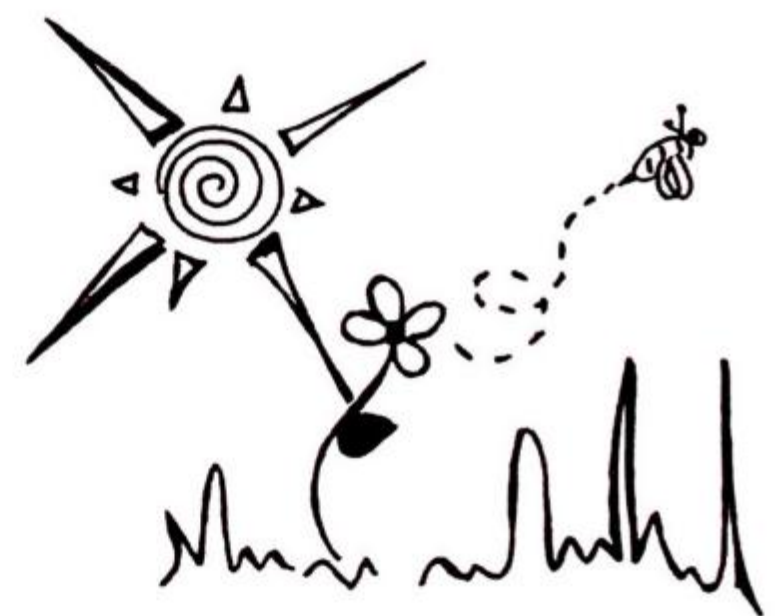
Sí, al recorrer tiempos y espacios, el escritor hubiese podido darles vigor a sus textos mediante la creación de atmósferas, la revelación de universos que aún se desconocen, las partes inesperadas de una realidad.

Debilidades que se pronuncian más, dado el esfuerzo redundante en mitificar a Raúl Gómez Jattin, sus formas excéntricas de vida, su locura del cuerpo, su tapiz de voluptuosidad y pasión que hace de su vida un surtidor de motivos biográficos —fuente anecdótica— y de sus biógrafos unos cómplices morbosos, excediéndose en la valoración de una obra escasa en calidad, ceñida, por el contrario, a situaciones extraliterarias. Acciones y comportamientos que se quieren mitificar, exagerando sus alcances estéticos y comunicativos, rindiendo un afanoso culto con fines poco éticos, exaltándolo, halagando su yo, su dolida figura.

Esta manera irreflexiva de mitificación que construye simulacros triunfa sobre todo análisis o estudio serio de una obra idealizada y venerada por la habladuría de tertulia (sin negar la existencia tan sólo de unos pocos bellos textos de Gómez Jattin, pero muy aislados alrededor de una copiosa producción).

Como a la vieja usanza nadaísta, mezcla de publicidad y escándalo, lo que fascina del autor de *El esplendor de la mariposa* es su acción indómita, provocadora, burlesca, irónica, sus gestos libres del ridículo, irreverentes y grotescos. Hablamos aquí de una suerte de paroxismo, la inflamación o exacerbación de las pasiones o sentimientos, de los elementos desordenados e inconscientes de un hombre que vivía sin reca-

tos, sin convenciones, sin temor a levantar infracciones a la moral pública: su desenfreno y goce. Es el retrato humano que algunos festejan desde una cómoda posición, usando para su provecho la marginalidad, la transgresión y el horror de la locura. ¿Qué les atrae de Gómez Jattin? Tal vez su acto blasfemo y ultrajante que les causa placer, la desmesura de los temas que producen fuertes reacciones emotivas. Se utiliza un personaje muy cerca del antihéroe, del antagonista y su tragedia, sus terribles conflictos internos: risa y horror, obscenidad y violencia. Más cuando los momentos de creación artística eran opacados por su enfermedad, transmitiendo únicamente lo caótico, lo informe, lo no resuelto, porque la forma, según Carlos Eduardo Peláez, es definitivamente la reconciliación del ser y el no ser, la creación que ostenta el tiempo. El ser es lo que identifica, y el no ser aquello que destruye. A Raúl Gómez lo devoró la tiniebla, su afán del no diálogo, la cerrazón de una individualidad sin identidad en los demás, una especie de incomunicación extensional que no fragmenta el yo, no lo desdobra, huyendo de la ontología fragmentada, del diálogo posible con el otro; o sea, de la instauración de una polifonía irreprochable, yendo más allá del afán narcisista y ególatra.



La experiencia de Gómez Jattin, onírica, psicodélica, alucinatoria o esquizofrénica, no cuajó en un lenguaje que aventajara la realidad del delirio como enfermedad del cuerpo. Su locura lo inutilizó y destruyó sin que pudiese resolver el conflicto en obra trascendente.